

no haber sido decisiva; pero como la monarquía se apoyaba completamente en el ejército, se hundió con él. Los prusianos fueron sobrecogidos de un terror pánico, y los jefes superiores, y entre ellos Brunswick, quedaron heridos ó muertos. Napoleón en esta circunstancia se vengó hasta el punto de insultarlos así en los boletines como en los periódicos, llenando también de injurias en estos últimos el venerado nombre de la reina, diciendo que como *Armida en su delirio pegó fuego á su propio palacio*. A los sajones prisioneros les dirigió la palabra en un tono amistoso con objeto de separarlos de la alianza de Prusia, y su duque que desde Federico II había sido un satélite de aquella potencia, deseando economizar los bienes y la sangre de sus súbditos, se presentó en Posen á fin de tratar con Napoleón, hizo parte de la confederación del Rin con el título de rey, se obligó á dar veinte mil hombres, y ofreció otorgar iguales derechos al culto católico

del hado é invencible como Aquiles. En aquella batalla tan memorable fueron pocos los franceses que quedaron muertos ó heridos, y casi ninguno de los oficiales superiores, como Napoleón mismo nos lo ha dejado consignado en estas palabras de su *Quinto Boletín del grande ejército*.

Jena, 15 de Octubre de 1806.—“En un combate tan fiero y mientras que el enemigo perdía casi todos sus generales, se deben dar gracias á la Providencia que guardaba nuestro ejército. Ningun hombre notable ha sido muerto ni herido. Una bayoneta ha raspado el pecho del general Lannes, pero sin herirle. El mariscal Davoust ha perdido su sombrero, y sus vestidos han sido horadados de una porción de balas. El emperador ha aparecido en todas partes rodeado del príncipe de Neufchatel, del mariscal Bessieres, del gran mariscal de palacio Duroc, del gran escudero Caulincourt y de sus edecanes y escuderos de servicio. Una parte del ejército está todavía sin disparar un tiro.”

Los vates celebraron esta gran victoria de Bonaparte, y entre ellos se distinguieron sobremañera Francisco Gianni y Vicente Monti. La composición de este último titulada *La Espada de Federico*, es uno de los trozos mas elevados del parnaso italiano. La de Gianni se distingue por sus arranques é imágenes fuertes y robustas que pueden competir con los cánticos bélicos de la antigua Grecia. Diremos, finalmente, que la reina de Prusia, mujer hermosísima y llena de viveza de ingenio, puso en juego todos sus encantos y halagos con Napoleón para conseguir una paz no muy deshonrosa para su reino; pero el emperador de los franceses, que repetidas veces le dió el nombre de *nueva Armida*, no quiso concederle ninguna ventaja, y un día que aquella soberana lamentando su suerte le dijo: “No creía tener tan poco mérito que no pudiese lograr alguna concesión de V. M.” Napoleón le contestó con una risa sarcástica y caballeresca: “Señora, no ha sido mía la culpa sino de mi fatal estrella.”

[Nota del traductor.]

que al luterano en el país donde este último traía su origen. Diez días despues de la batalla de Jena, el emperador de los franceses se hallaba en Berlin en el palacio de Federico II, llamado de San-souci; sus generales persiguieron á los restos del ejército, redoblando la carnicería y los hechos de armas; en Lubeck se peleó hasta en los arrabales, y las mujeres que con entusiasmo patriótico habían estimulado el valor de los prusianos, quedaron á merced de la brutalidad de los soldados franceses. Blücher, el capitán Schill y el duque de Brunswick derrotados en los ejércitos, se convirtieron en jefes de guerrillas; se apoderó de los ánimos un valor mas terrible porque era obra de los pueblos y no de los monarcas.

Napoleón trató al país con toda la altivez de un conquistador, condenó á Berlin á pagar ciento cincuenta y nueve millones de francos; dividió la Prusia en cuatro departamentos á la francesa; proscribió á las familias que le eran enemigas; exigió juramento de fidelidad, declaró rebeldes á los que se manifestaran adictos al rey y lo sirvieran, y dijo paladinamente que en el breve trascurso de dos lustros la familia napoleónica seria la mas antigua entre las dinastías reinantes en Europa. Francia quedó pasmada con tantos triunfos aunque no fueron bastantes á sofocar sus deseos de paz; y porque el senado se atrevió á manifestarlo en su mensaje de felicitación, Napoleón se llenó de ira, calificó de felonía esto de interponerse entre los planes del monarca y las necesidades de la nación; dijo que él solo comprendía lo que la Francia había menester, y que tuviese entendido el senado que ninguna cosa le estorbaría de llevar á cabo los grandés destinos que por su medio podría conseguir la Francia.

Pero éstos no consistían en otra cosa sino en emprender una nueva guerra. En efecto, rechazó la paz con Prusia, y desde Berlin intimó el bloqueo de las islas británicas (21 de Noviembre de 1806); y despues de haber perpetuado la guerra decretó en Francia un nuevo levantamiento de tropas y la movilización de la guardia nacional. Fué entonces cuando los gemidos de las madres y de las esposas se vieron obligados á hacer eco á triunfos que no pertenecían ya á la nación francesa ni á su libertad, sino exclusivamente á Napoleón.

El ejército ruso, aumentado en gran manera, quedaba aún fuerte, robusto y libre de operar á su modo, pues que no tenia dependencia de ningun otro. Los pueblos, y especialmente Alejandro, que se valía de la religión como arma poderosísima para exaltar á las naciones en defensa de su independencia, habían escitado el celo religioso de aquel ejército. Napoleón, que desde un principio había puesto en juego toda la sutileza de su ingenio en prodigar halagos á Alejandro para granjearse su aprecio, y porque era el único monarca que le parecia digno de su amis-

tad, se obstinó entonces en sumirle en el abismo suscitándole la enemistad de Turquía (1) y de Polonia. La Turquía había hecho ofensa á Rusia con la destitución de los hospodares de Moldavia y Valaquia, sin pedir su aprobación, lo cual indispuso sobremañera á Alejandro, que consideró aquel desaire como hecho á instigación de Francia, y á pesar de que la puerta le dió una satisfacción, puso en campaña un ejército, que con ayuda de los ingleses, acometió á Constantinopla. Esta ciudad se defendió [Febrero de 1807]; pero su escuadra había sido quemada por los ingleses, muy prontos á obrar siempre que se trata de destruir las fuerzas marítimas de otras naciones.

La llegada de Napoleón á Posen había alentado nuevamente las esperanzas de los polacos. “Este pueblo, decía en su boletín, ha reanimado en la desgracia sus sentimientos de amor á la patria y de nacionalidad; su pasión primera es la de volver á ser nación.

[1] Nadie ignora que el imperio otomano desde la época de Catalina II, ha servido de blanco á la política de las naciones europeas, las cuales desde entonces han buscado su alianza tan solo para debilitarle mas y mas; y este imperio carcomido é incapaz de regenerarse por sus instituciones políticas y religiosas debe únicamente su existencia al interes que tienen las demas potencias en conservar el equilibrio político. Pero con esta oportunidad queremos manifestar que entre las demas potencias es la que observa con preferencia los principios de la justicia y la buena fe de los tratados. Su política, á decir verdad, es muy complicada y siempre vacilante, así que se ve obligada á seguir las huellas del mas fuerte y sucumbir á su poder bien vencida ó vencedora.

El diván de Constantinopla es una asamblea de intrigantes corrompidos ó fanáticos y supersticiosos, los cuales sacrifican siempre los intereses del Estado y de su señor á sus particulares pasiones ó á su ambición; así es, pues, que el sultan, que figura en primera línea, tiene casi siempre la menor parte en las resoluciones de los altos negocios del Estado.

Nosotros podríamos citar obras muy acreditadas, tanto antiguas como modernas, para probar nuestro aserto; pero sin ocuparnos mucho mas en semejante argumento, diremos que el que quiere tomar una idea del estado de la cultura de los turcos y de su ciencia política, podrá consultar la obra del abate Juan Bautista Toderini, titulada: *Literatura turca*, escrita en italiano. Este libro sumamente curioso, aunque impreso en el año de 1787, da una idea cabal de lo que ha sido el imperio otomano desde los primeros tiempos hasta la época moderna. Es verdad que tambien entre los turcos se han introducido hoy varias reformas é innovaciones; pero éstas no han alterado el fondo de su política ni de su marcha social. Así es, pues, que todos los políticos convienen en que dentro de medio siglo, á lo mas, el imperio otomano desaparecerá de Constantinopla.

[Nota del traductor.]

Los ricos salen de sus castillos para venir á rogármelo y á ofrecerme su influencia, su riqueza, los brazos de sus hijos. ¡Patético espectáculo! Ya en todas partes han tomado las costumbres y trajes antiguos [1].”

Así, pues, aquel hombre lleno de ambición, acarició por pocos instantes la idea de resucitar la gloriosa nacionalidad del reino de Polonia. A decir verdad, no habría podido ejecutarlo sin perjudicar los intereses de Austria; pero sus demas actos violentos nos vedan elogiar y calificar como un acto de moderación el haberse abstenido de llevar á cabo este proyecto [2]. Semejante acto de

[1] Los políticos mas atinados convienen en que las principales causas que hundieron el poder de Napoleón fueron cinco, á saber: el asesinato del duque de Enghien, la persecución del sumo pontífice, el repudio de Josefina y su matrimonio con una archiduquesa de Austria, la guerra de España, y su campaña de Rusia. Nosotros, dejando aparte las demas causas mencionadas, haremos pocas indicaciones acerca de su enlace con la casa de Austria. Napoleón con su elevado ingenio, había comprendido que el antiguo reino de Polonia era el antemural mas poderoso y oportuno para contener la invasión de Rusia en Europa, para cercenar el poder de Austria y para impedir las frecuentes alianzas entre estas dos potencias. Conocía tambien que el reino de Polonia podía servirle como de escala para dominar, no tan solo todas las potencias del Norte, sino tambien la Turquía. Estas reflexiones le habían determinado á reconstruir aquella gran máquina bajo el protectorado de Francia, y dándole leyes, que lejos de favorecer la anarquía, como las antiguas, consolidasen su existencia política. Pero luego que contrajo matrimonio con la archiduquesa María Luisa, por guardar consideraciones al Austria, abandonó un proyecto tan útil á la política europea y á sí mismo. Despues de la derrota de Rusia, y antes de la batalla de Leipsick, conociendo que el restablecimiento del reino de Polonia habría podido ser su áncora de salvación, y que Austria se inclinaba tambien á anonadar su poder, cayó en el mismo pensamiento y manifestó que era su intención elegir rey de Polonia á Poniatowski, vástago de familia real y antiquísima de Polonia, y uno de sus generales. Pero la fortuna entonces se le había declarado ya adversa, y le impidió llevar á cabo su proyecto.

(Nota del traductor.)

[2] Nuestro autor en este pasaje de su historia se contradice á sí mismo, pues que es de notar, que hablando en sus páginas anteriores de la repartición de Polonia, la calificó de atentado execrable contra la política y la moral, de suerte que no podemos ahora llegar á comprender cómo quiere sentar por máxima que Napoleón no habría cometido un acto de violencia restableciendo un reino inicuaamente destruido, añadiendo que el no haberlo hecho había sido un acto de moderación, aunque no laudable en la persona de Bonaparte. Nosotros, ajenos de meternos en honduras políticas, no pretendemos dar califica-

justicia, ¿podría halagar el amor propio del avezado a destruir las nacionalidades? Sin embargo, convencido del valor de los soldados polacos, y alimentando la viva esperanza de formar con ellos un poderoso ejército para que realizara su propia gloria, ó para atraer sobremanera por este medio la atención de Rusia, fraguó una proclama á nombre de Kosciusko, y animó á algunos de los oficiales polacos para que fomentasen una rebelión en el país, confiando en su persona imperial, que con trescientos mil hombres se dirigía al territorio polaco con propósito de exterminar á su enemigo. En efecto, los liasonjeó hasta el punto de que, peleando, se mostraron dignos de ser restituidos en nación independiente.

A mediados de Diciembre condujo á los soldados de Francia y de Italia á aquellos climas sin sol ni caminos, en los cuales, espuestos á oscuros padecimientos, perdían sin combate su energía y entusiasmo. Napoleón, para animarlos, mandó construir en París un panteón en honor del grande ejército, duplicó las pagas, repartió prodigamente los honores; pero los guerreros en todas partes se enfermaban; los ataques desordenados de los cosacos los desanimaban mas y mas; y los mariscales, si por un lado tenían la esperanza de adquirir algún reino, por otro les desconsolaba el ver que el emperador no pensaba mas que en sus propios hermanos.

A Napoleón en los cuarteles de invierno de Varsovia nada le faltaba, ni aun los amores; pero los demas se hallaban sumidos entre el hielo, el fango y el hambre. Tampoco las empresas tenían éxito, pues rebajado el vigor de Napoleón, faltaba la unidad de los movimientos. En la batalla de Eylau contra Benningsen (8 de Febrero de 1807), perecieron mas de treinta mil hombres, caería inútil que se verificó sobre la nieve. Las dos partes se entregaron tristemente al descanso despues de la batalla, pero los enemigos vieron que tambien Napoleón podía perder, y que una derrota seria suficiente para derribarle. El emperador, hallándose á quinientas leguas de su capital, tuvo que pedir un nuevo reclutamiento para asegurarse, é hizo atacar á Danzick por Lefebvre, el primero á quien nombró duque, si bien de humilde nacimiento.

La batalla de Heilsberg (10 de Junio de 1807) no decidió la cuestión; pero cuatro dias despues de Friedland, con grande derramamiento de sangre, y habiendo operado activamente la artillería, fueron vencidos los ru-

cion ninguna á la particion de Polonia; pero tan solo hemos consignado estas pocas reflexiones para dar á conocer á nuestros lectores que tambien los hombres eminentes, entre los cuales Cantú ocupa un puesto muy distinguido, algunas veces se despeñan en errores y contradicciones.

(Nota del traductor.)

sos, triunfo que dió honor al mariscal Víctor. Sin embargo, en los hospitales gemian mas de treinta mil heridos; Napoleón comprendió que tenia que combatir con otros que no eran como los austriacos y los prusianos, por lo que mostró el deseo de entrar en tratos.

Napoleón y Alejandro, el uno de treinta y ocho y el otro de veintinueve años de edad, en la cúspide de la gloria y del poder, y hechos para estimarse por ser despotas entrambos, se reunieron á conferenciar en Tilsit (25 de Junio de 1807), y arreglaron á su capricho el mundo. Napoleón no tuvo presentes los destinos de la Turquía, á la cual habia conmovido, y dejó que Alejandro se fortificara en Valaquia y Moldavia. Alejandro por su parte sacrificó la Suecia, que le habia sido fiel; dejó á Napoleón que dispusiera de la Pomerania sueca con la condicion de que le tolerase conquistar la Finlandia, á fin de estender su dominio sobre el mar Negro, el Báltico y el Danubio; y en cambio de todas estas adquisiciones, reconoció los títulos de Napoleón y de sus satélites, y asistió á los planes del conquistador sobre la constitucion de un grande imperio de Occidente para éste, y otro de Oriente para el mismo Alejandro, que cogieran en medio á la Alemania avasallada.

El rey de Prusia se humilló á suplicar y mas eficazmente su heroica esposa; pero viendo Hardemberg que Napoleón se complacia bajamente en aquel triunfo, exclamó: *es implacable con los desventurados; no sabria soportar dignamente la desventura.*

Napoleón despues de haberles tenido en suspenso, dijo por fin, que estaba dispuesto á devolver la mitad de los Estados al rey de Prusia; pero solamente por consideracion á Alejandro. ¡Tan poco caso hacia de las naciones! Así perdía la Prusia todo su territorio entre el Rhin y el Elba y toda la Polonia, teniendo ademas que satisfacer gravísimos impuestos, y quedando precisada á cerrar sus puertos á los ingleses. Napoleón habria podido obligar á la Rusia á la restauracion de la nacionalidad polaca y negociarla con Austria para quien era ventajoso cambiar la Galitzia por la Silesia; pero se contentó con la parte que le correspondia á la Polonia en 1772, y en ella formó el ducado de Varsovia hereditario en el rey de Sajonia y sus descendientes. Un estatuto formado por una comision de polacos creó en aquel país un senado compuesto de seis obispos, seis palatinos y seis señores de castillos, con una cámara de sesenta nuncios nombrados por las pequeñas dietas de los nobles, y cuarenta elegidos por las ciudades, dominando por tanto en ella la aristocracia.

Otra de las disposiciones del estatuto fueron la igualdad de derechos, la abolicion de la servidumbre y el establecimiento de tribunales para la proteccion de las personas.

Con retazos de la Prusia y de otros Estados germánicos, se formó el reino de Westfalia para Gerónimo Napoleón, donde se abo-

lieron la servidumbre y los privilegios, se conservaron las diversas clases de nobleza, aunque sin prerogativas para empleos ó dignidades, y se decretó que los Estados votasen los impuestos. En cuanto á los códigos, medidas y pesas, fueron los mismos que en Francia.

Quedaron, pues, sacrificadas todas las potencias medianas á las dos grandes que se habian repartido la Europa, para reprimir á Inglaterra. Pero Alejandro se engrandeció con la adquisicion de la Finlandia; y Napoleón debia precipitarse por la guerra de España y por su disension con Alejandro con motivo de la reparticion del imperio otomano, de la cual se habló entonces por primera vez (1).

DESPOITISMO.—BLOQUEO CONTINENTAL.—
GUERRA DE ESPAÑA.

Al atravesar los Alpes, decia Napoleón á un ayudante suyo: "Mucho os parece el ser emperador de los franceses y rey de Italia; yo no me hago ilusiones; soy el instrumento de la Providencia, y ésta me sostendrá mientras tenga necesidad de mí, y despues me romperá en mil pedazos como á un vaso de vidrio (2)."

¡Ojalá no se hubiera olvidado nunca de esto! y hubiese obrado en consecuencia; pero la altura á que habia llegado le deslumbró; y ya su ambicion degenerada en vanidad no reconoció límites, ni atendió por mas tiempo á los pueblos ni dió oídos á la razon, porque no queria ceder á sus impulsos. Destituyó á Talleyrand que se inclinaba á la paz

[1] En el inexorable panegírico que hace Mr. Thiers de Napoleón y de la fuerza, que está publicando con el título de *Histoire du Consulat et de l'Empire*, se lee: "En la embriaguez que causó la prodigiosa campaña de 1805, cambió arbitrariamente la faz de Europa y en vez de limitarse á modificar lo pasado (lo que constituye el mayor triunfo concedido al hombre), quiso destruirlo; en vez de dejar continuar para nuestro beneficio la inveterada rivalidad entre Prusia y Austria, concediendo ventajas á una sobre otra, arrancó el cetro germánico al Austria, sin darlo á Prusia; convirtió su antagonismo en un odio comun contra Francia; creó con el título de confederacion del Rhin, una pretendida Alemania francesa, compuesta de príncipes alemanes poco agradecidos á nuestros beneficios; y despues de haber hecho inevitable la guerra con Prusia por esta injusta demarcacion de los límites del Rhin, guerra tan impolitica cuanto gloriosa, se dejó arrastrar por el torrente de la victoria hasta las márgenes del Vistula; llegó á intentar la restauracion del reino de Polonia, teniendo á la espalda á la Prusia vencida, pero furiosa, y al Austria su enemiga secreta é implacable; todo esto era admirable como obra militar, pero como obra política imprudente, excesiva, quimérica." *Fin del libro XXVII.*

[2] Memorias del coronel Baudus.
HISTORIA.—49.

marítima y que conociendo con su sagacidad acostumbrada adonde iba á parar Napoleón, se atrevia en un epigrama á decir lo que otros callaban. Destruyó el tribunado; no quiso que volviera á ponerse en las monedas y en las fechas el título de la república francesa; restableció en San Dionisio el panteón de los reyes para sepultar á los de su estirpe; decretó la moralidad como una ceremonia y las ceremonias como deberes, y quiso reglamentar segun la nueva etiqueta, aun los amores de sus hermanas. Sin embargo, aquellas altezas improvisadas no inspiraban el menor respeto; la corte con libreas pomposas é inalterable ceremonial y con besamanos matutinos á la antigua, se encontraba embarazada y confusa y parecia muy ridícula á los ojos de la sensatez; Napoleón no hacia buena figura cuando se presentaba á lo Luis XIV, al paso que estaba bien entre los militares que usaban menos reverencias y mas franqueza. Podia desearse un rey, mas nadie queria aquel lujo insultante, aquella corte numerosa que renegaba del origen popular, el cual habia formado su mas luminosa aureola.

El golpe mas impolitico y atrevido que se dió á los grandiosos acontecimientos de 1789, fué la creacion de mayorazgos y feudos. Para esto ofrecieron á Napoleón el medio, los territorios cedidos por Austria y Prusia, y el ejemplo los doce pares de Felipe Augusto y los caballeros de la Tabla redonda. Animado á imitarlos, creó doce ducados en el territorio veneciano, vinculando en ellos una décima quinta parte de las rentas que el reino de Italia produjese, reservándose el nombramiento de seis grandes feudos en el reino de Nápoles. A otros dió el título de sus victorias, é instituyó otros en Italia y Alemania, todo sin pedir consentimiento de los gabinetes ni consultar á los pueblos sobre quienes pesaban tales cargas, y que aun admitiendo la monarquía, no querian sufrir los privilegios aristocráticos cuya destruccion era el mas hermoso trofeo de la revolucion.

Tanto se adulaba al hombre árbitro de los honores, títulos, pensiones y reinos, que pasaba de los límites de su deseo (1). Aquel hombre, destruyendo las quimeras que los pueblos habian formado, queria hacer tambien que abdicasen sus derechos, y una vez impuesto el silencio á los rencores, aspiraba á imponerle igualmente á las opiniones, oprimiendo, ante todo, el pensamiento y la instruccion, y despues hasta las conciencias, sin querer que hubiese ninguna fuerza fuera de su círculo. Los impuestos eran enormes con motivo de la guerra, y se cobraban con rigor; la conscripcion no reparaba en afectos, enviaba á los rebeldes á los presidios con los ladrones, y ponía soldados que vivian á

(1) ¡Qué monstruosidad para ellos! ¡Qué trastorno completo en todos sus principios! ¡A cuántas cosas extraordinarias he dado margen! ¡Sin embargo, yo no las habia mandado y ni siquiera advertido!—*Memorial de Sainte-Hélène.*